

TRAS UNA APARIENCIA

por Fernando Tenorio

Estás sentado frente a ella en la misma mesa de ese restaurante italiano. La plática circunda en trivialidades y por momentos callan o buscan un refugio en la necesidad. La notas un tanto nerviosa. ¡No! Tú estás nervioso, temeroso. Miras a tu alrededor, ves que todos parecen tener un sentido, hablan y ríen, convergen, como ustedes meses atrás lo hacían. Te das cuenta de que la pareja de enfrente es la misma que estaba aquí la semana pasada, ves las manos de ella que siguen unidas a las de él, piensas que tal vez nunca se han separado, que tal vez esas yemas ardientes se fundieron en el dorso deseado. Regresas la atención a tu mesa y la vuelves a mirar; sigues percibiendo ese rostro de esperanza que te renueva, que te hace vivir, y te atrapa en tu contemplación y te da una sonrisa furtiva, tal vez forzada; te engolosinas con ella, la crees contener y al instante se te escapa como huyendo a la libertad. Te muestra entonces un libro que acaba de comprar —por eso llegué tarde— te dice, y con aparente algarabía te narra sus contenidos, pero sus palabras se siguen en el aire, se estancan y hacen densa la atmósfera, no encuentras el significado de la maraña de frases, repeles el discurso, no oyes nada, sólo ves esos labios rojos, jugosos, su piel tersa, sus facciones de ensueño, su mirada de luz que encuentra la tuya agonizante, rendida, sin mayor argumentación. . . ¿Cómo mantenerla mía?, te preguntas y vuelves a recibir la breve sonrisa, pero ahora, seguro de que es forzada, te encoleriza. Combates su sutil indiferencia negando validez a sus juicios, caes finalmente en la tentación y te burlas del libro y de sus lectores.

—Es decadente— te dice ella. Tu asientes con la cabeza y lanzas un gesto victorioso. —Como tú— te afirma.

—No lo creo— le dices.

—¿Sabes en qué eres decadente?— te inquiera.

Tomas la copa de vino tinto y la acercas a tus labios, te mofas de la pregunta absurda, das unos sorbos. No imaginas nada, te ciega la niebla de confusiones. Te ahogas en tí mismo.

—¿Te digo en qué?— vuelve a inquirirte.

Secas tus labios con la servilleta de tela, pero sigues en el laberinto y tomas más vino.

—Cuando haces el amor eres decadente. . .— te dice.

Callas, mantienes el largo silencio. Piensas; piensas en esos meses atrás, en aquella noche, la encuentras otra vez; la vez desnuda, envuelta en la tenue luz de noche que la baña y la hace todavía más hermosa. La besas, la besas toda y oyes sus murmullos, sientes su respiración agitada. Te llenas de ella, te confundes en su silueta, te desarticulas en su vientre ardiente, recibes sus besos, sus abrazos, sus uñas que entierra en tu carne.

—Por favor —te dice—, por favor, dime que sientes lo que yo siento.

—Amor— le dices suavemente al oído y te dejas llevar en el éxtasis de su amor.

Vuelves a ella, siguen en ese restaurante italiano. Guardas para ti tus pensamientos —son tuyos— te dices.

—Es tarde— te indica ella.

Llamas al mesero. Te entrega la cuenta, sacas unos billetes para pagar el consumo, los dejas sobre la mesa. Ella ya está de pie, no te da tiempo de nada, no tienes posibilidades de mayor reflexión. El mesero te da las gracias, ella contesta por ti.

Hoy ha estado delante de ti una palabra, una idea, siempre un paso delante de ti. Tratas de caminar lentamente, pero ella se distancia, ya eres secundario y te presiona, se acaba, todo se consume rápidamente. Llegan a su automóvil, el chofer ya tiene el motor en marcha. Ella abre la puerta, se despide con un beso en tu mejilla. Se sienta en el auto, baja el cristal. —Me llamas— dice, y el chofer arranca a la orden de ella. La ves alejarse, miras el reloj, piensas que es demasiado temprano para cualquier cosa. Ya no piensas. Quedas sólo en la acera congestionada, como un objeto, eres paisaje urbano.

